

pre fiel y buen amigo de mi buena madre en su viudez, y que no volvió, como hicieron otros, las espaldas, ni á ella ni á los hijos de su amigo, cuando pensaron, erradamente por fortuna, que ya solo de peso podian servirle las relaciones con quienes creían desvalidos. Prueba de lo contrario fué (entre otras que no por callarlas aquí están menos grabadas en mi corazon y en mi memoria) el anhelo con que me buscó en cuanto una casualidad le descubrió que me hallaba recibiendo mi educacion, en clase de seminarista, en el colegio de Escuelas Pías de San Antonio Abad. Abrazóme con la ternura de un padre, y yo, en cuya memoria se unia el recuerdo de su nombre y el de su familia con las primeras y mas agradables impresiones de mi infancia, me lancé en sus brazos con la confianza que me inspiraba cuanto de él recordaba, cuanto habia oido á los míos. Perdona, amada y venerable sombra, si no puedo traer á la memoria sin lágrimas de amor y de reconocimiento, aquellos dias en que te arrancabas, no ya á las distracciones que proporcionan la corte, sino á las graves y útiles ocupaciones que embodian tu atencion, para visitarme en el colegio, examinar mis adelantamientos, alentarme en mis tímidos ensayos, dirigirme con tus consejos, aficionarme al estudio, premiarme colmadísimamente con una palabra de aprobacion, con un elogio de los que era tan pródigo en dispensarme tu afecto casi paternal para mí. Tú solo, tú el primero, cuando apenas contaba catorce años, viste entre la insubstantialidad propia de ellos una razon á quien no te avergonzabas de dirigir tus reflexiones, un corazon digno de tu confianza.... un amigo: fuilo ciertamente tuyo desde aquella edad, con la verdad, con el entusiasmo, con que en la juventud se reciben estas impresiones, con el respeto de un hijo, que ya desde entonces me complacia en anticiparte, aun ignorante del porvenir. Tuyos son los progresos que entonces pude hacer, las esperanzas que di, y que los cuidados y la desgracia han marchitado despues en flor; y no negaré que tu ejemplo me ha preservado de muchos riesgos en el mundo, me ha enseñado muchos deberes. Ni el tiempo, ni la distancia, han entibiado nunca la vehemencia de mi cariño: mias han sido todas tus penas; todas han caido gota á gota sobre mí, y la injusticia y la ingratitude de los hombres, cuando te asestaba sus tiros, tanto, ó á veces mas que el tuyo, despedazaba mi corazon. — Pero tiempo es ya de que dominando estos afectos, aparte de mí la vista para fijarla en el hermoso cuadro de tu vida, que tan torpemente voy bosquejando á mis lectores.

Preparábanse en el año de 1828 exámenes públicos en mi colegio, y habíalos yo de sufrir, entre otros ramos, de humanidades, á las cuales tenia particular inclinacion; y para que en ellos me mostrase con mis compañeros entendido en la ópera considerada en la parte poética, nuevo género de poesia dramática, de que ó nada, ó muy poco hablan los escritores didácticos, principié á escribir un tratado, que mereció los mayores elogios de cuantos le vieron; mas

sobreviniéndome una enfermedad agudísima, que me puso á las puertas del sepulcro, no pudo servir para el objeto á que le destinaba. Suspendióle por lo mismo, deseoso de hacer en él mayores esplicaciones; mas como despues nunca tuviese ocio y tranquilidad para este género de trabajos, quedó sin concluir. Lástima grande; porque no conocemos quien reuna igual suma de conocimientos para la empresa, como que á los eminentes que poseia en literatura, los añadia muy profundos, y un gusto muy delicado en la música, que habia cultivado siempre con afan, ya como arte, ya como ciencia, llegando á ser, no solo hábil pianista, sino mas que mediano compositor. Por lo mismo se estasiaba con las óperas, sin que sea dable concebir hasta qué punto obraba el encanto de la música sobre su organizacion, sino á ciertas almas privilegiadas, que podrán asimismo mas bien sentirlo, que esplicarlo.

Entre tanto, mas calmadas ya las pasiones, caminábamos todos al olvido de lo pasado, y la nacion á salir del estado de postracion á que la habian llevado tantas desgracias. Hubo entonces, la justicia y la gratitud exigen esta confesion, personas en el gobierno, que conociendo los eminentes talentos de Musso, pensaron en hacerlos servir para bien de la patria. El señor don Luis Lopez Ballesteros, á quien cada dia coloca mas y mas la opinion en el brillante puesto que de justicia se le debe, intentó nombrarle para diferentes destinos, que tenian relacion con la administracion, y aun para uno de ellos consiguió que se le estendiese el despacho, todo sin la mas mínima gestion, ni aun noticia de parte del agraciado, que ni de aquel, ni de ningun gobierno, solicitó nunca para si empleo alguno. Mas no á todos los que entonces valian, pareció bien que se premiasen los servicios del ilustre ciudadano; y se retuvo el despacho, á pesar de estar autorizado con la firma del rey. Este, por su parte, reconocia el mérito que procuraban ofuscarle: así es que siempre lo recibió con señaladas muestras de distincion y benevolencia, cuando se le presentaba con alguna comision de las corporaciones á que pertenecia, invitándole repetidas veces para que le dijese si queria algun destino ó condecoracion, y favoreciendo á sus hijos, para quien el virtuoso padre solicitó únicamente su proteccion. Posteriormente le concedió S. M., nacida la princesa que le ha sucedido en el solio español, la llave de gentil hombre de su cámara, con entrada.

Uno de los motivos que le llevaron á la presencia del monarca fué el encargo que este dió á la academia de la Historia de imprimir con los Orígenes del teatro español, cuyo manuscrito habia comprado, todas las demas obras publicadas é inéditas del célebre literato don Leandro Fernandez de Moratin. La academia encargó á Musso la noticia biográfica del autor, que se imprimió al frente de ellas, y como fuese el principal encargado de la edicion, tuvo que presentarla al rey, á nombre del cuerpo, cuando se concluyó. Tambien le pidió audiencia con motivo de otra pretension puramente



científica. Viendo que los monumentos de la antigüedad iban desapareciendo de entre nosotros, por el lastimoso abandono en que se hallaban, y se encuentran hoy, proyectó con su especial amigo don José Gomez de la Cortina impetrar del soberano la formación de un museo, donde se recogiesen los unos, y se cuidase de la conservación y seguridad de los que no era posible trasladar á la corte. Mas aunque la idea fué oportunamente recomendada, y mereció favorable informe á la academia de la Historia, no tuvo la suerte de ser aceptada, y solo merecieron sus autores que se elogiase su celo, dejándose su ejecución para mas adelante.

Abrióse en aquella sazón la Academia Latina, y como donde quiera que se cultivase el saber, no podia faltar el nombre de Musso, aparece en los anales de aquella desde su creación. Coadyuvó á que se le diese mas extensión, abrazando el estudio de la lengua griega, y desde entonces tomó el título de Greco-latina; y para el día de su instalación compuso un discurso en griego, que mandó traducir al latin y castellano la corporación.

Ni solo fueron las ya dichas las que se gloriaban de contarle en su seno, y de verle asociado á sus sabias tareas. Con ellas podian contar cuantas promoviesen la ilustración ó la felicidad pública. Así es que sucesivamente y en diferentes épocas, le enviaron sus títulos las sociedades económicas de Valencia, de Murcia y de Jerez de la Frontera, y aun la segunda le nombró su director.

Hallándose la corte en el Escorial, pasó con su hermano á visitar aquel soberbio monumento, gloria de las artes en España. Arrebatóle su contemplación, sin que hiciese en todo el día, mientras allí permaneció, mas que meditar, admirar, escribir. Consérvanse por fortuna sus apuntes, llenos de interes y ricos de observaciones artísticas.

Porque no con menor entusiasmo, antes con tierna predilección, miró siempre el estudio de las artes, que especialmente en esta época cultivó con singular ardor. Así es que introducida la litografía en España por el pintor de cámara don José de Madrazo, como despues de felices ensayos, acometiese la grandiosa empresa de publicar litografiada la soberbia colección de cuadros del Museo, los cuales habian de aparecer con testos, se encomendó la formación de ellos á don Juan Agustin Cean Bermudez, á quien ciertamente nadie podia disputar en España la palma en este género de conocimientos. Mas como enfermase el venerable anciano al llegar al cuaderno XII, él mismo designó como el mas capaz de sustituirle en el encargo á su amigo Musso. Hizose éste cargo de la obra interinamente al pronto, y despues que la nación y las artes perdieron á aquel virtuoso y sabio español, quedó definitivamente á su cuidado la comisión. Como la desempeñase, mejor que nosotros lo atestiguan las páginas impresas que acompañan á las estampas. Cuanto podrian dictar el juicio mas severo, el gusto mas esquisito, concebido por la imaginación mas rica y fecunda, y revestido de

los encantos de una dicción castiza, á veces grave, ligera á veces, picante algunas, y fácil siempre y elegante, y conveniente al asunto, está seguro de hallarlo el lector en los artículos en que aparece su firma. A ellos debió entonces, cuando no otras ventajas, la amistad de su distinguido editor el señor de Madrazo, con quien la conservó sin interrupción hasta la muerte, y el aprecio y consideración de muchos, que ni aun de nombre le conocian: uno de ellos fué el comisario general de cruzada don Manuel Fernandez Varela, espléndido protector de las artes, y apreciador del mérito, el cual como fuese entonces vice protector de la academia de San Fernando, quiso que entrase en ella Musso, siendo en efecto admitido en clase de honorario en 1830.

Alcanzó tambien al museo del Prado aquella breve y desaparecida aurora de tranquilidad. Era á la sazón su director el escelentísimo señor duque de Híjar, y en clase de artistas, de la pintura don Vicente Lopez, y de la escultura don José Alvarez. A estos últimos debió Musso íntima amistad, aunque con varia suerte; pues mientras derramó sentidas lágrimas sobre la muerte prematura de Alvarez, arrebatado en la flor de su edad á la gloria de las artes en su país, Lopez estaba destinado á pagar aquella deuda de amistad sobre el sepulcro de nuestro padre; y lo ha hecho de suerte que á pocos hemos visto hacer iguales demostraciones en su sensible pérdida: séanle estas líneas monumento de nuestra eterna gratitud. En cuanto al señor duque, encomendó á Musso la formación de los catálogos de los cuadros que hay en el establecimiento pertenecientes á las escuelas flamenca y holandesa, los de la sala reservada y de la de escultura. Hizolos acompañado de su amigo don José de Madrazo, con indicaciones de su mérito respectivo, y de la vida de sus autores; mas todavía permanecen inéditos sus trabajos, si bien sabemos que en la edición que se prepara del catálogo general, se incluirá el primero, no haciéndose otro tanto con los dos últimos, por la variación que desde entonces han recibido dichos departamentos.

Mas estas tareas, y cuantas llevamos referidas, si le entretenian agradablemente, y le procuraban con el aprecio universal no pequeña parte de gloria, ninguna utilidad ó indemnización en sus intereses le producian: por lo mismo mediado el año de 1830, como ya sossegados los ánimos, pudiese restituirse sin dificultad á su casa, habiendo habido en su familia arreglos domésticos que lo aconsejaban, y educados ya sus hijos mayores, regresó á Lorca con su familia, llevando á su modesto asilo un tesoro de conocimientos adquiridos en Madrid, y multitud de encargos y comisiones de los cuerpos literarios á que pertenecía. Tres años y medio permaneció allí arreglando sus intereses, y dedicado á completar la educación de sus hijos; para ella escribió tratados elementales de diferentes ciencias, que publicados, no serán acaso los que menos bien hagan á la instrucción pública de su patria. El tiempo que estas ocupaciones, alguna enfermedad que le sobrevino, y penas bien



agudas que no dejaron de hallar el camino de su corazón en aquel retiro, le dejaban libre, lo consagraba siempre al estudio, ocupación favorita de su vida. Entonces tradujo primeramente en prosa, y después en verso, y con variedad de metros, el *Ajax* de Sófocles, ilustrándole y comentándole con varios géneros de notas. Siento sobremanera no tener á la vista, como hasta aquí, datos positivos de donde sacar la noticia circunstanciada de todo lo que entonces escribió; pero discúrralo el lector cuando considere que ya las academias, ya sus muchos amigos le daban frecuentemente encargos literarios, que él no rehusó nunca, antes bien los satisfacía siempre con usuras. Acuérdomé, por ejemplo, que con ocasión de haberse publicado el Sistema musical de la lengua castellana de don Sini baldo de Mas y de Sanz, le envié yo un ejemplar, preguntándole, en la estrecha y no interrumpida correspondencia que seguíamos, su parecer sobre aquella sino exacta, al menos ingeniosa teoría.

Contestóme mas bien que en una carta, en una memoria, dándome ocasión de admirar la detención y escrupulosidad con que examinaba cuanto caía en sus manos; y esto no por vanagloria, porque al hacerlo no escribía para el público; sino para darse cuenta á sí mismo, y sacar ó de un libro ó de los sucesos, toda la enseñanza que era posible obtener: deseaba tenerlo todo vivo, todo á su alcance: desconfiaba de su prodigiosa memoria, y no quería que ni el tiempo ni el olvido marchitasen nunca sus goces, amortiguasen sus penas, le quitasen de la vista la menor de sus acciones. Pero de esto la mas brillante demostración es el diario exactísimo que llevó durante una porción de años, de todos los acontecimientos de su vida. Y no fué solamente la consideración arriba dicha la que le movió á emprender este trabajo. « Otra utilidad, dice él mismo en sus apuntes, y no pequeña, me acarrea esta costumbre: la de poner uno mas cuidado en lo que ve, oye ó lee, por el que tiene de apuntarlo, y acostumbrarse así á fijar la atención, y ser mas mirado en sus propias acciones, supuesto que luego las ha de poner por escrito. » De esta suerte este hombre verdaderamente piadoso dirigía sus estudios y todas las acciones de su vida á la mejora de sí mismo, y á la par que ilustraba su entendimiento, cultivaba su corazón y purificaba su alma. Cuanto hacia, cuanto veía, cuanto oía, cuanto leía, todo consta en el diario; en él se halla su corazón todo entero; pues respirando en la soledad de la sujeción que imponen en la sociedad la caridad, la prudencia y la tolerancia, ya se desahogaba en sentidas quejas por sus desgracias, y por los pesares que habían emponzoñado su existencia, ya prorrumplía en lastimeros ayes por las prendas que le había arrebatado la muerte. Empezóle el año de 27, y le continuó sin interrupción hasta la víspera del día en que contrajo la enfermedad que nos le arrebató para siempre. Tesoro inapreciable, cuyo valor solo puede conocer quien haya recorrido sus ignoradas páginas: precioso legado de dolor y de ternura, que

á mis ruegos se libertó del fallo de ser reducido á cenizas, á que le habia condenado; que repetidas veces me ofreció para después de su vida, cuya dolorosa posesión debo hoy á su voluntad repetida en sus últimos días, y que por lo mismo encierra para mí tantos motivos de amor, de admiración y de lágrimas.

Mas anudando el hilo de su vida, veámosle herido de una desgracia no nueva ciertamente para él, que ya la habia llorado semejante, pero de aquellas en que siempre lo parece el dolor. ¡ Tanto vale la vida de una madre! ¡ tan cruel, tan terrible debe ser el momento de perderla! especialmente cuando no solo le es un hijo deudor de la vida, sino de aquella tierna solicitud, de aquel desvelo, que nos la da tantas y tantas veces en nuestra infancia, cuando en su regazo, de sus labios, entre besos, aprendemos las primeras ideas de la religión, las primeras emociones del corazón, el albor de la razón, nuestra educación primera. Y si después, además del respeto, nos es dado tributarle nuestras mas dulces confianzas, si le somos deudores de la felicidad, si en la adversa suerte hemos ahogado nuestras penas en su corazón (que todas caben en el de una madre) ¿ qué será del que súbitamente se ve solo en el mundo, sin aquel abrigo, sin aquel retiro, cuyo solo recuerdo, embalsamando el alma, parece que suspende y embota todos los dolores? ¡ Oh! ¡ no permita el cielo que pues me ha sido dado tan colmadamente este bien, sufra la terrible prueba de perderle! ¡ no conozcan mis ojos estas lágrimas, ya que tantas y tan amargas les ha cabido en suerte derramar! — No las evitaron por cierto Musso ni su hermano cuando en 31 de marzo de 1833 vieron desaparecer á su virtuosa y respetable madre la señora doña Joaquina Perez Valiente. En vano la vieron llegar robusta y vigorosa á venerable ancianidad, y después como en sueño plácido adormecerse en brazos de la muerte, entrecortando su silencio en los labios de la virtuosa señora el himno con que la Iglesia llama tres veces Santo al autor de la vida, como si este hubiese dispuesto que volara á terminarle en su seno: para sus hijos todo fué en aquellos momentos desolación, gemidos, recuerdos del bien perdido; por único consuelo la piadosa esperanza de recóbrarle. Acudia confusa y apesadumbrada la multitud á contemplar los restos de la que admiraron y veneraron en vida: aclamaban su virtud, sus superiores talentos, su sólida y su comun instrucción; y hoy, después de algunos años, si los suyos no podrán leer estas líneas sin derramar una lágrima á su memoria, para respetarla nosotros baste recordar de qué hijo fué madre, y que dándole la primera educación, y dirigiéndola en lo sucesivo, le somos en gran parte deudores de las virtudes y de los talentos del que lloramos.

Apenas vuelto en sí de tan crudo golpe, hubo de venir á Madrid en el año de 1834. Ocupaba ya el solio español nuestra inocente reina, y llevaba su madre las riendas del estado. Formaba entonces su consejo el ministerio Cea, y de él hacia parte, teniendo á su cargo el de fomento, de reciente institución, don Javier de Burgos, á quien



la opinion general designaba justamente como el mas á propósito para plantear en España un sistema acertado de administracion. Para verificarlo, instituyó las subdelegaciones de fomento, y entre los nombramientos primeros que hizo de los que las habian de desempeñar, apareció confiada á Musso la de su provincia. Ciertamente el ministro, que habia tenido ocasion de tratarle en Madrid, solo halló en adelante motivos de aplaudirse por la eleccion. No vamos á trazar una historia detenida del gobierno de nuestro padre en Murcia: algun dia verán la luz pública la noticia de sus trabajos, de sus afanes en favor de su provincia, que no por no haber sido todos coronados del éxito que pretendia, son menos gloriosos para el que los concibió. Pero si alguna idea quieren formar nuestros lectores, hablará Cartagena, pacificada á su voz, de su espíritu conciliador; Lorca, de su energía para restablecer en ella la administracion de justicia; la capital, de su serenidad y valor cívico en la horrorosa inundacion que sufrió, y estuvo á punto de arrancar su puente; de su arrojo para arrostrar los peligros, y del tacto para dirigir y enfrenar las pasiones del pueblo, la memorable noche de 3 de mayo de 1835, en que concitado aquel contra el intendente primero y despues contra el obispo, presentóse solo el gobernador civil en medio de los grupos, sin mas escolta que su firmeza y el aprecio público, habló al pueblo, cambió en risas los tiros y gritos amenazadores, disipó el tumulto, salvó las vidas de los acometidos, hizolos por último salir de la ciudad completamente seguros: por último, en todas sus comunicaciones al gobierno, pueden verse su actividad, su celo, la estension de sus miras, la superioridad de sus conocimientos. Bien lo conocia el gobierno; y así, como los procuradores por Sevilla solicitasen de él con instancia que enviase á gobernar aquella hermosa y envidiable provincia un jefe administrativo capaz de desenvolver sus inmensos recursos, y digno por sus cualidades personales de puesto mas alto todavía por las circunstancias particulares de aquellos pueblos, que por la categoria del destino, los ánimos y la vista de todos se volvieron á Musso: «Yo prometo á VV.,» contestó el ministro, «el mejor gobernador civil que hay en España,» calificacion que nosotros, porque nada está mas lejos de nuestro ánimo que rebajar ni aun indirectamente el mérito de nadie, no nos empeñaremos en sostener; pero que no podemos menos de citar como insigne testimonio del alto concepto que habia sabido grangearse el que tan modesto le tenia de sí propio. Pero si mi pluma ha corrido rápidamente al referir esta época, no pasó así para él, que en ella hubo de lamentar la mayor desgracia que habia de llorar en su vida. Invadió el cólera la capital del reino de Murcia, y la esperiencia puede recordarnos cuanto susto, cuanta zozobra traia consigo su aparicion, cuanta desolacion, cuanto llanto dejaba al pasar la funesta constelacion. Porque ¿quién no tiene que derramar lágrimas por ella? Eternas las arrancó de mí arrebatando de mis brazos en mi abuelo materno, el señor don

Fermin Antonio de Apecechea, al que me ha sido padre amantísimo y bienhechor; ni es posible que al repasar en mi memoria aquella época y el 17 de junio de 1834, deje de consagrarle un recuerdo. No fueron menos amargas y merecidas las de Musso, que dos dias despues, en el espacio de diez horas, vió desaparecer de su lado á su virtuosa muger, primero y único objeto de su amor en el mundo, que por él solo y para él vivia, y que despues de haber hermoseado su juventud, é inspirádole sus mas brillantes sueños de gloria y de felicidad, con él habia dividido las penas y los afanes de la vida. — No trataré yo de bosquejar su retrato; recuerde el lector lo que de ella dijimos al principio de este escrito: preciso es haberla conocido, para saberla llorar. Madre virtuosa, esposa ternisima, á quien debió con el ser sus encantos y sus virtudes la que tanto te semejava, y de quien me era dado prometerme toda mi felicidad sobre la tierra, ¡cuántas veces echaba de menos tu presencia para que bendijeras mis esperanzas, y sancionases mis dichas con tu aprobacion! Pero ¡cuán feliz te considero ahora, que ni lloraste sobre el sepulcro de tu hija, ni sentiste el abandono y el dolor y la desesperacion que causó tu pérdida en el corazon de tu esposo! Cayó ciertamente en un frenesi, humillada, embotada, perdida en el primer momento, no ya la fuerza de la razon, sino la voz misma de la religion, á la violencia del dolor. Mas no podia permanecer sordo á esta, quien tan hondamente la llevaba en el corazon: derribado ante tus plantas te ofreció, Señor, tan inmenso sacrificio; oró por la que amaba, y lloró entonces, porque tú bendices las lágrimas cuando se derraman en tu seno; y lloró siempre, porque tales desgracias secan el corazon, y solo dejan vida para llorar. Seis hijos, que entonces empezaban á llamarse huérfanos, participando de su pérdida, le añadian nueva amargura. ¡Felices entonces, que al menos podian llorarla en el seno de tal padre! Ellos le atraian á la vida, y ellos solos pudieron volver algun sentimiento de dulzura á su corazon; mas como si la suerte se complaciese en llevar al extremo sus rigores para con él, cuando herido de tanta desgracia, y acometido de la misma enfermedad, se hallaba postrado en cama en la villa de Mula, muertos, enfermos, ó dispersos todos los oficiales del gobierno civil, estallaron en la provincia trastornos de consideracion. En tan terrible situacion, ni el peligro, ni la enfermedad, ni el dolor pudieron distraerle de sus deberes: una de sus hijas le llevaba la pluma: dictó las providencias oportunas, y ocurriendo al daño con la firmeza conveniente, restituyó la tranquilidad á los pueblos.

Llamado, como dijimos arriba, á gobernar los de la provincia de Sevilla, desembarcó con sus tres hijos menores en la capital el primero de julio de 1835. . . . .

Acompañaron á Musso á Sevilla sus tres hijos menores, como ya dejamos dicho: la mayor de ellos, doña Ana, prodigio de virtud,



de gracias, de hermosura, así como se conciliaba el aprecio y la admiración de cuantos la veían, no podía menos de escitar con más viveza aquellos sentimientos en el corazón del amigo de su infancia. Despertaba su vista en él y en mi memoria los más dulces y melancólicos recuerdos de mi vida; fortalecíalos el apego que á los suyos me unía, esforzábalos el encanto de su belleza, y cuando á tantos y tan poderosos atractivos pudiera resistir mi cariño, sobrarian para conquistarle la dulzura de su condición, la viveza de su talento, su modestia, su candor....., la pureza y hermosura de su alma. A ella y á sus hermanitos había recibido mi madre en su casa, como á hijos, cuando hubo de salir oculto de Sevilla su padre, y la ocasión de observarla más de cerca acabó de vencer mi indecisión. Hicele la confesión de mi ternura, y recibí de ella la tímida esperanza de no haberla ofendido, que después, consultada la voluntad de su padre, se convirtió en más segura aprobación. Con cuanto gusto de ambas familias, considérela quien haya visto los lazos que nos unían. Todo quedó de entonces concertado; y mediante su corta edad (diez y seis años tenía á la sazón), creyóse que convendría á los arreglos de ambas familias prorogar para dentro de cierto tiempo el término de mi felicidad. Así la vi arrancar de mi lado para transportarla á Lorca, donde debía reunirse con su padre, quedándose por único bien una esperanza tan firme como puede haber en pecho humano, y la seguridad de haber hecho cuanto de mí exigía la razón, para comprar á costa de sacrificios nuestra felicidad. Oh! ¡cuántos sueños de oro llenaban mi imaginación entonces! Porque sueños era los que en vez de realizarse algún día, solo habían de vivir en mi memoria para atormentarme como funestos ensueños, ó espantosos delirios. ¡Era cierto, o Dios mío, que no la había ya de volver á ver!

A pocos meses vino á Madrid á reunirse con su padre; floreciente en belleza, en robustez, objeto de envidia, de admiración y de aplauso. Pero en tanta lozania atacóle el pecho una enfermedad cruel, que devoró su frescura y su vida. Ignorélo al principio, supélo después, cuando los facultativos dijeron que le podía convenir el temperamento más dulce de Valencia; pero ignoraba siempre el riesgo en que se hallaba. Finalmente, venciendo los obstáculos que brotaban á mis pies, volé á Valencia á verla, á ofrecerle mi fe, á no abandonarla más..... y encontré un sepulcro, y lágrimas y tormentos, que no saldrán ya nunca de mi corazón. — Tres días antes de mi llegada había espirado: el mismo en que desembarqué, cubrió sus restos la tierra para siempre. ¡Para siempre! Ay! los que amen, que respeten mi desgracia y me concedan una lágrima: yo no desvaneceré, ni desahogaré mi dolor publicándole..... soy avaro de él, porque es el único bien que me queda sobre la tierra. — Mucho tiempo pasó sin que acudiese una lágrima á mis ojos, ni una idea de ternura á mi corazón. Cuando el acento de la amistad y los piadosos esfuerzos de la virtud desgraciada me

hicieron volver en mí, una voz poderosa gritaba dentro de mi pecho, que necesitaba desahogar mi pena en el seno del padre de mi amada: este, por su parte, también llamaba á sus brazos á su hijo: porque *padre é hijo* fueron desde entonces los nombres que nos dictaba el corazón, y que se hallaban siempre en nuestros labios. Acompañando, pues, á la hermana de la que me había arrebatado la muerte, y que más que hermana le había sido madre ternísima, atropellé los riesgos del camino, llegamos á Madrid, nos precipitamos en brazos de nuestro padre. ¡Cuán distante, buen Dios, me hallaba yo de imaginar los tristes deberes que venía á llenar á su lado! Pero tu Providencia que me había separado de la hija, que no permitió nunca que cuando en su delirio me llamaba y dirigía la palabra, pudiese contestarle con una mirada de amor, con una palabra de ternura, quiso que apurase gota á gota el cáliz en la enfermedad del padre, que de mí recibiese consuelos, y yo de su virtud, sublime más que nunca en tan doloroso trance, ejemplos y admiración!

Peró no precipitemos los sucesos, por más que la idea de la proximidad de estos acontecimientos, y las sensaciones que en mí producen, ofusquen mi entendimiento, y confundan todas las especies en mi memoria. Cerca de tres años vivió en Madrid, desde que vino de Sevilla, hasta el término de sus días, sin tomar en los negocios públicos más parte que la que debe un buen ciudadano. Por lo demás, tres grandes cuidados absorbían casi toda su atención: las prácticas religiosas que ejercía sin afectación ni hipocresía, antes bien con un espíritu de verdadera piedad, la educación de sus hijos, de quienes fué largo tiempo único maestro, y las tareas literarias. De estas últimas son buenos testigos ya las corporaciones arriba nombradas, ya el Ateneo y el Liceo, de los cuales fué uno de los fundadores, mereciendo ser nombrado bibliotecario del primero, ya casi todos los periódicos de la capital, en los cuales ponía artículos sobre estas materias, que de él obtenían sin dificultad sus amigos. Aun en obras de mayor mérito, hay algunos que no llevan su nombre, y que él cedía con tanta generosidad, como si más recibiese que dispensase un honor en remitirlos. En la academia de Ciencias naturales, inscrito también al principio como honorario, y elevado después á la clase del número, presentó para la sección de las físico-matemáticas dos memorias sobre el movimiento de las aguas con aplicación á los riegos, y con motivo de una observación hecha en el periódico extranjero *El Instituto*, en que dando cuenta de la séptima reunión anual de la Asociación británica celebrada en Liverpool en 11 y 16 de setiembre de 1837, se dice que sir W. Hamilton espuso la demostración general de un teorema de Mr. Turner, relativo á una propiedad curiosa de los números impares, que consiste en que si la serie de dichos números se divide en grupos de 1, 2, 3, 4 cifras, la suma de los de cada uno sucesivamente va representando la de los números naturales, escribió también una memoria, no ya solo ofreciendo la demostración de esta



curiosa propiedad, sino deduciendo consecuencias tan importantes y trascendentales, que le dijeron diferentes matemáticos que beneficiase aquella mina, y tal vez diese por resultado una nueva é importantísima teoría en la ciencia. Por último en la seccion de las antropológicas, leyó tambien otro discurso sobre la certidumbre histórica.

Alentábale yo á todos estos trabajos, de suerte que consiguiendo un triunfo sobre su misma modestia, habiale decidido á emprender ya tres grandes obras, cada una de las cuales hubiese inmortalizado su nombre: la primera, un curso completo de religion, escrito bajo un plan tan vasto y tan nuevo, que hubiera ciertamente sido una de las obras que mejor hubieran servido para la demostracion de la verdad y divinidad de la que tenemos la suerte de profesar: segunda, á instancia de los padres escolapios, una historia de España, escrita filosóficamente, en que no solo se describiesen, sino se juzgasen los acaecimientos, y se manifestase las causas que los habian producido, y la influencia que habian tenido en los posteriores, obra de que por desgracia carecemos, y sin la cual podemos decir que nos falta la mejor y mas provechosa parte de nuestra historia, y á que debiera haberse unido, aunque en compendio, la de nuestras artes y literatura: y tercero, la de doña Maria la Grande, de que son trabajos preparatorios las apuntes y disertaciones á la crónica de don Fernando IV, de que arriba hemos hecho mencion. Estas empresas se proponia acometer en el retiro de su casa, á la que pensaba trasladarse; pero hubo de suspender el viaje por una comision, que le habia encomendado el gobierno, haciéndole vocal secretario de una junta nombrada para presentarle un informe sobre el instituto de las escuelas pias. Mas á este trabajo, á aquellos planes, á los que formaba el gobierno sobre la oportuna colocacion de hombre, que tantos y tan eminentes servicios prometia á la patria; á tantas esperanzas, á tantos consuelos para su desventurada familia, suspendió el curso su enfermedad, cortó el hilo su prematura é inesperada pérdida. Asaltóle aquella el tres de julio: de madrugada se sintió acometido de una retencion de orina, que le atormentaba con crueles dolores; fueron á mi alcoba á avisarme, levantéme sobresaltado, y me llené de consternacion al oír sus clamores; mas por la idea de lo que sufría, que porque del ataque imaginase, ni aun remotamente, las funestas consecuencias que tuvo. No las receló tampoco el facultativo, al menos en los primeros dias; mas como aunque los dolores calmaron, no recobró la naturaleza sus funciones, al fin hubo de recurrirse á la operacion de la sonda. No fué ciertamente favorable el ensayo; y de aquí empieza ya la historia de la mortal angustia, con que mas bien que vivimos, arrastramos los penosos dias que duró su cruel enfermedad. Llamado tambien el facultativo don Juan Francisco Sanchez, la fortuna coronó su destreza; pero hubo de repetirsele otra y otra vez la operacion, que

hacia mas difícil la contraccion de sus nervios; y convocados á las juntas profesores de los de mas crédito de la corte, dos veces le operó con singular acierto don Bonifacio Gutierrez. Pero era ya tarde: la naturaleza se rendia á tanto padecer: á la retencion de la orina, siguió una incontinenencia: suprimiósese esta, presentósese una extravasacion, apuntó la gangrena, voló mas que se estendió en todos aquellos órganos, y en pocas horas apagó la llama de la vida en aquel corazon, que solo latió para la virtud, en aquella cabeza en que cabian y se animaban pensamientos tan altos, tan nobles, tan dignos de la inmortalidad. Mas si tan dolorosa, tan aterradora se muestra la historia de veinte y nueve dias de martirio que sufrió su cuerpo, ¡cuán grande, cuán sublime es la narracion de la disposicion de su alma en medio de tantos dolores! Ni un movimiento de impaciencia vino á alterar su serenidad, ni una leve sombra de duda á empañar la tranquilidad admirable que disfrutaba su conciencia. Pensaba y hablaba de la muerte, como de cosa próxima y segura; pero la esperanza de una vida mas feliz, y ya cercana, le borraba toda idea de terror. Enterneciase, si, sobre sus hijos: de todos hablaba con admirable prevision, cuando desahogaba los secretos de su alma, ya con su confesor, ya con su muy amado hermano, que obtuvo en aquellos dias todas sus confianzas, ya conmigo, en quien decia haber recobrado mas de lo que le habia arrebatado la muerte. Yo, á la verdad, solo con lágrimas de ternura y de confusion podia corresponder á sus espresiones; en vano procuraba contestarle; la voz yacia ahogada por la pena en lo mas hondo del corazon. Antes que la gravedad del mal impusiese á los facultativos el deber de prevenir que hiciese su disposicion espiritual, solicitó él con tanto empeño la administracion de los santos sacramentos, que no pareció ni prudente, ni justo dilatarle el consuelo de recibirlos. Verificólo, pues, con tal compuncion, con tal fervor, que á todos promovia á la edificacion y al llanto. Tanto pudo la viveza de su fe que aquella noche esperiméntó notable alivio; sentiale él, y hablaba con tal confianza al supremo consolador, al dulce huésped que llevaba en su corazon, y á quien llamaba su médico, que ciertamente, si los ruegos de los hombres, si su fe bastasen, por sí solos, á revocar las disposiciones del Altísimo, mi padre viviese hoy en medio de los hombres. En su disposicion temporal, dejó asimismo á sus hijos y á sus amigos prendas de ternura, altas lecciones de virtud, que ciertamente harán su gloria y su consuelo, y que en vano se esforzarian á desechar de sí, si alguna vez tuvieren la desgracia de separarse de ellas. En esta situacion apareció para nosotros un rayo de esperanza, pronunciósese mas y mas, y algunos facultativos le dieron como fuera de peligro; mas ay! era una luz pasajera que solo servia para iluminarnos todo el horror de nuestra pérdida!

Amaneció en efecto el treinta y uno de julio: ni su hija, ni su hermano, ni yo pudimos verle ya en él; y á las ocho menos cuarto,



asistido de su confesor el presbítero don Antonio de Mora, de los padres escolapios, de muchos y excelentes amigos, en toda la fuerza de su razón, hablando doce minutos antes, para encargar al confesor recomendase á sus hijos la observancia de su santa religión, y el culto á María santísima, que bajo la advocación de la Encarnación se venera en su santuario de Mula; sin esfuerzo, sin dolor, como fatigado de esta vida, plácidamente espiró, con la piadosa esperanza de que revestido de inmortalidad, y en brazos de aquella señora, á quien honró siempre con tanta ternura, renació á otra vida, donde brillan mas claros sus talentos, su virtud, su amor y su compasión para los suyos. ¿Qué importan á los demás las lágrimas de sus hijos; las de sus hermanos, las de sus numerosos amigos, derramadas en el silencio, y cuyo valor y el de los motivos que las arrancan, solo ellos pueden graduar? Murió ya el hombre privado, y desde aquí todo ya en él pertenece á la historia: ella recogerá cuanto va dicho, y sobre todo las circunstancias de su muerte, no trazadas solamente por la pluma apasionada de un hijo, sino presenciadas y comprobadas por el testimonio de cuantos le vieron y asistieron (1), entre los cuales habrá ciertamente personas mas y menos despreocupadas; y que todos á una voz clamaban que aquella era la muerte del justo, y la miraban como un acontecimiento notable en nuestros días, viendo en una época de incredulidad y de duda morir tranquilo en brazos de nuestra religión á un hombre tan distinguido por sus talentos, y por su vasta y universal instrucción. Contemplaban todos con religiosa veneración aquellos restos ya pálidos é inanimados; pero que descubrían la pureza del alma que los animaba, en aquella frente serena, que parecía meditar aun las sublimes verdades que la ocuparon en vida. Yo también, ¡o padre mio! burlando la afectuosa solicitud de los buenos amigos que me acompañaban, la volví á ver, la sellé una y otra vez con mudo labio, te contemplé por la última vez...; Tú sabes los sentimientos que entonces llenaron mi corazón! lo que imploré de tí, que no me respondías; pero que sin duda escuchabas mi súplica... lo que aun imploro al escribir estas líneas!

(1) Véase como muestra de esta verdad la magnífica composición poética que ha inspirado á mi excelente amigo don Salvador Bermúdez de Castro, y que ha sido publicada en el número 4 de la *Revista de Madrid* (\*). En ella, conmovido el joven poeta con el recuerdo de tan grandioso espectáculo, al celebrarle en sus hermosos versos, apenas tiene ojos para ver, ni corazón para sentir otra cosa: por lo mismo no lamenta en ella la pérdida de su amigo; asiste á su triunfo, contéplale como con envidia; y le ruega alcance para él tan dulce tranquilidad.—Bermúdez fué de los que recogieron su último suspiro. El señor don Eusebio del Valle, hablando asimismo de nuestro padre, á quien profesó íntima amistad; entre otras cosas dice, en un recuerdo que ha consagrado á su memoria, estas notables palabras: «Sepa el mundo todo que un sabio naturalista, que conocía á fondo los sistemas mas célebres de filosofía, para explicar la formación de los seres, era al mismo tiempo un dechado de religiosidad; y que el mas despreocupado entre los hombres no creía que el colmo de la despreocupación fuese la impiedad y el materialismo. ¡Dichoso tú porque en las escrituras sagradas y en los libros de los santos padres aprendiste todos los días á morir!»

(\*) Véase el artículo *Bermúdez de Castro* (don Salvador).

Tal es en suma la historia del señor don José Musso y Valiente, hombre extraordinario por su talento, por su prodigiosa memoria, por su vasta erudición, por su esquisito gusto, en quien así cabían las verdades sublimes de la religión, las abstracciones de las ciencias exactas, la severidad de los estudios históricos, como los encantos de las artes, la chispa de la imaginación mas brillante; de trato afable, que lo mismo atraía la gravedad del anciano, que la inconsiderada petulancia del joven; que bajo el exterior de una razón fría, de una conversación que sazonzaban los chistes y las bromas, ocultaba un alma de fuego, un corazón profundamente sensible, que muy pocos supieron comprender; llamado por la extensión de sus conocimientos, por la fuerza de su talento, á ocupar los mas altos destinos de la nación, ahogaba por modestia ó por humildad este impulso dentro de sí; varón singular, que no supieron apreciar los que entre nosotros han ejercido el poder: cuando le preguntaban ¿qué destino quería? *Ninguno*, contestaba él, *porque nada valgo, ni de nada soy capaz. Cualquiera*, hubiera contestado el que le conociese, porque no había sacrificio para él, cuando se le exigía en nombre de la patria, y porque á sus talentos sobraba flexibilidad para sobresalir en el que se le hubiese confiado. Sea ejemplo de lo primero, que habiéndosele significado, poco tiempo antes de su fallecimiento, que pensaban ponerle el frente de la instrucción pública en el consejo que con este título se pensaba crear, se escuchó prestando que *nada sabía, que ningún título tenía para tanto honor*: hecho que parecerá increíble á quien no le conociese muy á fondo. He aquí el secreto de que hombre tan eminente nunca subiese al poder, ni ocupase puestos capaces de haber descubierto todos sus recursos. En época y en país, en que vale cada cual por lo que suena, y suena á medida de lo que habla y hace hablar de sí á los demás, ¿cómo había de hacerse lugar quien solo trataba de encubrir su mérito, ó desvanecer la idea que de él hubiesen formado sus conciudadanos?

Pero á Musso le ha llegado ya su época como á casi todos los hombres de mérito en su patria; en el sepulcro se inauguró su triunfo, porque los muertos no inspiran celos ni envidia. ¡Dichoso él que con tan estéril aplauso llevó consigo al sepulcro una vida entera de virtudes, y las lágrimas de los buenos!

Madrid, 15 de octubre de 1838.

#### LA CORONA DE FLORA.

Hijas del Sol, que en el regazo hermoso  
Nacéis de la risueña Primavera,  
Y de Favonio al sople cariñoso  
El beso dais, amor de la pradera;